

**“El trabajo cobra contenido de mística nacional y amplios horizontes se abren a la iniciativa de los hombres de acción”.**

**(Presidente Pérez en el mensaje de 1º de enero de 1975).**

Es grave que el excepticismo se vaya apoderando del país, que una especie de infravaloración propia se vaya asentando como tesis que termina legitimando la inactividad. Ya hay algunos que, al comienzo del año, cuentan los días laborales como breves desiertos entre los amplios oasis bañados de irresponsable alcohol. Navidad, Carnaval, Semana Santa, Primer de Mayo con su Puente, Fiestas Patrias, Vacaciones de agosto... constituyen el profano ciclo litúrgico de vendedores y consumidores. En las cortas distancias intermedias estratégicamente distribuidas a lo largo del año, podemos descansar entre fiesta y fiesta y reunir alguna platica para el derroche siguiente.

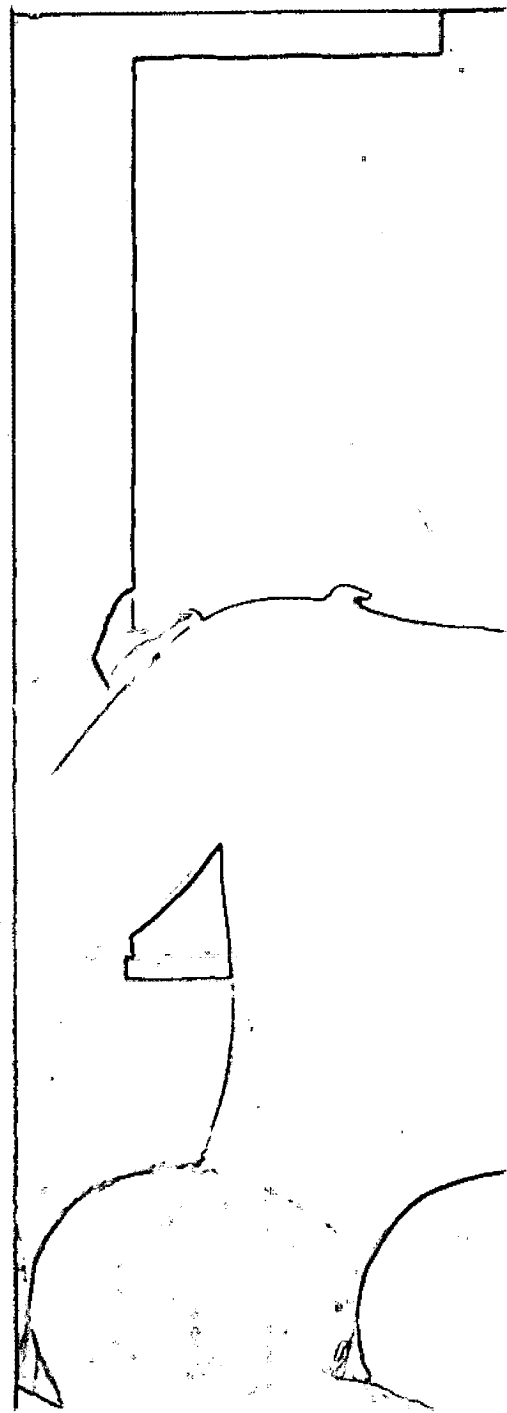
Cuando el Presidente de la República nos decía el 1 de enero “Trabajar, trabajar y trabajar es la consigna”, muchos los oían con irónica compasión. Prefieren oírlo sin protesta aunque no tengan la intención de sumarse a su cumplimiento. ¿Por qué tomar el trabajo de contradecirle? Sin embargo, tal como lo indica el Presidente, es necesario un esfuerzo de conjunto para romper la rutina y desaforar una dinámica nacional de trabajo y producción. De lo contrario las necesidades reales nos parecen sueños ideales o retóricos fuegos artificiales. Por eso leí con sumo interés el día 6 de enero el anuncio del Ministro de Educación Peñalver sobre la conversión de las escuelas rurales en Escuelas-Granja. Textualmente dice así la noticia de “El Nacional”: “todas las Escuelas Primarias, en los medios rurales, van a ser dotadas de tierra y de recursos materiales y técnicos (equipos), para que se conviertan en Escuelas-Granja. Este tipo de plantel permitirá que los alumnos, desde la primera enseñanza, se adiestren en la agricultura

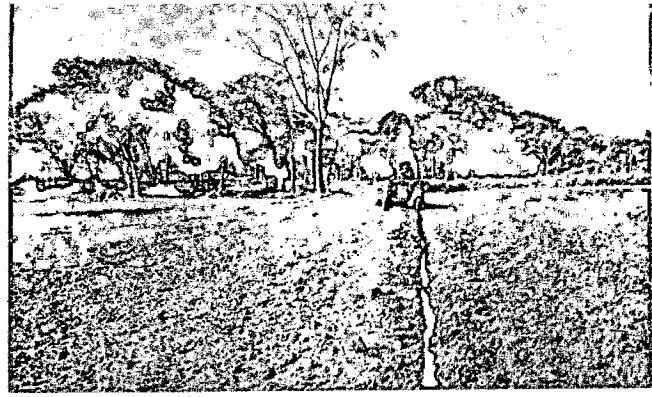
y de este modo puedan adquirir una destreza que facilite su permanencia en el lugar donde viven”.

Es realmente lamentable el estado de las escuelas rurales con personal docente (no sólo con programas) que, salvo raras excepciones, no se preparó para el medio rural, sino que más bien lo padece como un castigo. Atienden con dificultad e interrupciones a los alumnos y, en el mejor de los casos, transfieren etéreos conocimientos que hacen que el egresado esté peor armado para enfrentarse a su medio de vida que el propio analfabeto. Esa educación sirve para despreñar el propio mundo rural y buscar el camino de la ciudad. En los casos en que el maestro quiere dar una enseñanza distinta, carece de medios. El mal no se remedia declamando lindas poesías estupidizantes el día nacional del arbolito. La forma más eficaz de matar tareas cotidianas urgentes es encerrarlas en la urna de las cosas que se veneran. No es que el resto de la educación sea más adecuado. En último término las culpas de los males de la educación y de la producción en el campo debemos buscarlas en la ciudad. Pero el anuncio de las Granjas-Escuela me lleva a fijarme en esta necesidad. Ahora bien, hay que ser muy consciente de que la puesta en marcha de todo un sistema nacional de educación vinculado al proceso productivo no se logra con facilidad, porque nuestra sociedad no da un soporte adecuado a un esfuerzo de esta naturaleza. Las experiencias truncadas están a la vista. En 1960 se puso en marcha el INCE con la finalidad de dar capacitación técnica a los jóvenes trabajadores. También surgieron diversas iniciativas para promover escuelas laborales y técnicas. Por fin, pensábamos, se va a combatir el complejo de doctor y de paredes adornadas con diplomas tan necesarios como inútiles. Nos vamos a redimir de la maldición que aquellos hispano-mantuanos de la Caracas del siglo XVIII echaron a “los oficios vaxos e serviles”. El INCE, con sus diversos cursos, en cer-

# Educación

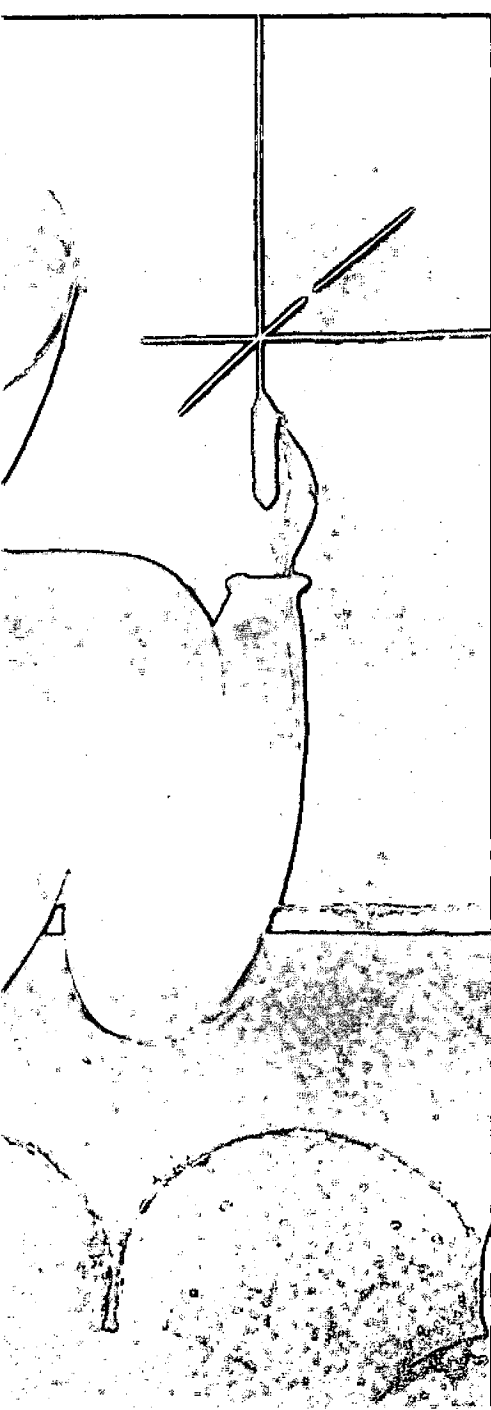
y





# producción

LUIS UGALDE



ca de 15 años de actividad, ha llegado —según datos oficiales— a más de 800.000 venezolanos. Sin embargo este esfuerzo no es satisfactorio por cuanto su vinculación al proceso productivo es inadecuado e insuficiente. Una reciente investigación realizada en la Oficina de Estudios Socioeconómicos (OESE) por la licenciada Miryan Pacheco sobre el problema de empleo de los egresados del INCE nos facilita datos alarmantes. Una muestra representativa parte de la investigación realizada en 1973 entre los egresados en 1971 de los diversos centros del Distrito Federal arrojó los siguientes resultados: el 30,2% se encontraban en situación de desempleo en el momento de ser encuestado. El 19,6% trabajaba en un oficio distinto del aprendido. Esto da un total de 49,8% de egresados para quienes el esfuerzo del INCE ha sido frustrante. Es sabido que las oportunidades de empleo en la mayoría de las regiones del país son más desfavorables que en Caracas.

Por estas y otras razones no basta dar una orientación técnico-laboral a la educación. **Es imprescindible vincularlo a la producción, al trabajo productivo.** Hay lamentables experiencias de algunos centros donde al muchacho se le vincula al trabajo, pero a un trabajo despojado de lo que le da sentido que es su carácter de factor de producción. El joven que aprende a trabajar porque hay que pasar un examen es víctima de una distorsión. Desde el primer momento debe aprender a trabajar en cosas productivas y percibir la productividad real de su trabajo así como el beneficio que genera para él y los costos que exige. Ha de ser un trabajo con el cual se mantiene la granja y se costean ciertos gastos del mismo joven. Hacer trabajos que no se sabe para qué son es desprestigiar el trabajo. Igualmente contraproducente es trabajar sin aprender el sentido de los costos.

Pero hay otra vinculación no menos necesaria del trabajo escolar productivo. **Tiene que estar estre-**

**chamente unido a las posibilidades reales de continuidad fuera de la escuela.** No tiene sentido que en una granja dotada con abundancia (con altos presupuestos del Estado) se aprenda a trabajar para salir después a enfrentarse a la vida carente de la dotación de tierra y capital suficiente para trabajarla a niveles de rentabilidad compatibles con otras unidades productivas eficientes. Por eso una Granja-Escuela debe planificar también las posibilidades del futuro egresado. Por ello el IAN, el MAC y los institutos correspondientes de crédito deberán estar vinculados a estas granjas para que su proyección no constituya una frustración más. Ni la escuela debe promover condiciones de trabajo totalmente irreales, ni la salida de ella puede dejarse a lo que el joven pueda conseguir. La creación de unidades de producción cooperativa con los egresados parece imprescindible. "Trabajar, trabajar trabajar es la consigna". Pero para que el trabajo tenga sentido y sea estimulante el Estado ha de vincular sus recursos en forma coordinada a las futuras empresas agrícolas que deberán formar los egresados reproduciendo los modelos colectivos de producción rentable que aprendieron en la Granja-Escuela.

Realmente el Ministro de Educación nos anuncia un hermoso camino para convertir nuestras tierras desiertas de cultura en fértiles llanuras productivas rescatando los jóvenes que hoy están a punto de emprender un camino irreversible de carencia y de falta de posibilidades creadoras. Si este propósito no quiere acumular nuevos fracasos y frustraciones se ha de emprender en forma realista y audaz como un plan integrado a la producción y la dotación económica necesaria para ello. En el adecuado ajuste de los abundantes recursos económicos al no menos abundante factor humano está el secreto para evitar el derroche económico corruptor y la frustrante miseria de las nuevas generaciones.

